

Luego de lo cual, lo llevé a mi campamento, y lo hice mi esclavo.

Daniel Defoe: *Robinson Crusoe*

## El naufrago

Luis Britto García



**E**n algún momento, percibí la oscuridad y distinguí que estaba formada de olas que me apretaban, me mecían y me expulsaban. Nadé, floté, respiré. Sentí que el tiempo comenzaba a correr. Fui vomitando sobre tierra firme. Caí en un sueño que era como otro mar. El hambre me arrancó de él. Me arrastré, logré incorporarme. Tuve que pensar cómo me alimentaría. Recolecté frutos, maté animales a pedradas. Mis manos fueron inventando la lanza, la trampa, el surco y el fuego. Erigí cobertizos contra la lluvia y palizadas contra el miedo. Todos los desperdicios que encontraba me servían. Me cubrí de pieles arrancadas a los animales. Llevé las cuentas de

los soles y de las lunas. Sembré, coseché. Sequé hojas de tabaco que me permitían matar el tiempo y fermenté bebidas que me ayudaban a olvidarlo. Combatí el vacío inventando otro hombre que habitaba en él y lo llenaba: Lo llamé Amo, me prosterné ante Él, le gimoteé, le di las gracias por los bienes que mis propias manos me habían procurado. Descubrí que estaba solo. Divisé una huella humana en la playa. Divisé hombres que se entredevoraban. Pude salvar uno de ellos. Lo obligué a llamarme Amo, a prosternarse ante mí, a gimotearme, a darme las gracias por los bienes que sus manos producían para los dos. Ahora estábamos más solos. Al fin, una nave nos arrancó de la isla. A través de un mar infinito como el

tiempo, nos llevó a otra isla más grande, donde los hombres eran tan numerosos como las olas. El fuego, las armas, los techados, todos esos milagros a los que yo había dado vida y que me habían dado vida, eran aquí tan abundantes e indiferentes como las gotas en la lluvia. Todos nos prosternábamos ante todos. Todos eran Amos de esclavos y esclavos de Amos. Estábamos cada vez más solos. La muchedumbre me apretaba, me mecía, me expulsaba. Era como una gran oscuridad. Sentí que me hundía y que me ahogaba. Había naufragado.

Fin

De *Rajatabla* (1970)

### EL AUTOR

#### Luis Britto García

(Caracas, Venezuela, 1940). Graduado como abogado en la Universidad Central de Venezuela en 1962, doctor en derecho en la misma universidad en 1969. Se consagra como narrador con *Los fugitivos y otros cuentos* (1964), *Rajatabla* (Premio Casa de las Américas, 1970), y *La orgía imaginaria* (1983). Autor de novelas como *Vela de armas* (1970) y *Abrapalabra* (Premio Casa de las Américas, 1979). Entre sus obras dramáticas destacan *Venezuela tuya* (1971), *Así es la casa* (1971), *El tirano Aguirre o La conquista de El Dorado* (1975, Premio Nacional de Teatro) y *Suena el teléfono* (1979). También escribió los ensayos *Ciencia, tecnología y dependencia* (1975), *La máscara del poder: del gendarme necesario al democrata necesario* (1988) y *El poder sin la máscara: de la concertación populista a la explosión social* (1989).





# No oyes ladrar los perros

**T**ú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

—Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

—Sí, pero no veo rastro de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

—¿Cómo te sientes?

—Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarrandaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

—¿Te duele mucho?

—Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: “Apéame

aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco”. Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía. Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo ya por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

—¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

—Este no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí.

—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

—Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmuraba:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrada entre las manos de su hijo.



“**...Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo...**”

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas. Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas

heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!” Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: “Ese no puede ser mi hijo.”

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirme otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansa en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a

soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas. —¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos.

Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: “No tenemos a quién darle nuestra lástima.” ¿Pero usted, Ignacio? Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaván se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado. Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—Y tú no los oías, Ignacio? —dijo. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

Fin

De *El llano en llamas* (1953)

EL AUTOR

**Juan Rulfo**

(Sayula, 1918

- Ciudad de

México, 1986).

Sus relatos, que

entremezclan

magistralmente

realidad y fantasía, discurren en

escenarios rurales y posteriores

a la Revolución Mexicana. Sus

creaciones abordan la muerte, la

culpa, la desolación, la sexualidad

y la violencia, enmarcadas en las

tierras calientes de los estados de

Jalisco, Michoacán y Guerrero. Sus

dos únicos libros: la colección de

cuentos *El llano en llamas* (1953)

y la novela *Pedro Páramo* (1955),

abrieron cauces definitivos a la

modernidad literaria en su país.



## Puente cruzado

Carolina Marín Guevara

**E**lla se fue, una luz la empujó. Como cada noche paseaba por aquel camino de árboles, alargados e inmóviles. Siempre ocurría, que justo al llegar al puente de piedras, las sombras la arropaban y desaparecía de la escena en un *black out* de cine. Aquella imagen congelada, helada, de sí misma, filtraba rayos luminosos entre los troncos desnudos de los árboles.

Al día siguiente le quedaba aún el susto de ese camino recorrido sin destino. Para regresar a su casa luego de su jornada de trabajo, debía cruzar el puente del Parque Central. Pisar sus piedras longevas, llenas de historia. Llegar a su hogar de paredes reducidas y narraciones tristes y permanecer en el encierro que supone la compañía solitaria.

Desvestirse sin que ninguna mirada precisase su figura, preparar la cena, sin que su hombre se detuviera a saborear. Adornar, arreglar, aunque todo le dé igual a él. Luego, apagar la luz y tumbarse.

Esta vez sueña dormida, que la persigue un destello que la apura para que traspase el puente. Se detiene frente a la estructura. Imagen entumecida en blanco y negro. *Black out*. Fin.

Amaneció. Ese día era distinto. Había sol y los colores brillaban como

LA AUTORA

**Carolina Marín Guevara**

(Caracas, 1966).

Periodista y

escritora. Ha

publicado un

libro sobre

comunicaciones, auspiciado por

la Embajada de España: *Visión de*

*España en la prensa venezolana*, y

*Lúdico*, libro de relatos editado por

Ediciones Madriguera, 2019. Tiene en

proceso de edición dos publicaciones

digitales. Su ejercicio profesional

está orientado hacia la cultura,

visibilizando el trabajo creador de

artistas de la danza, el teatro, la

música, artes plásticas y literatura

publicando reportajes y entrevistas

en medios impresos y digitales.

Fundó una institución de formación

musical en integración de las artes,

Artmónico Estudios Musicales, en

Valencia, estado Carabobo. .



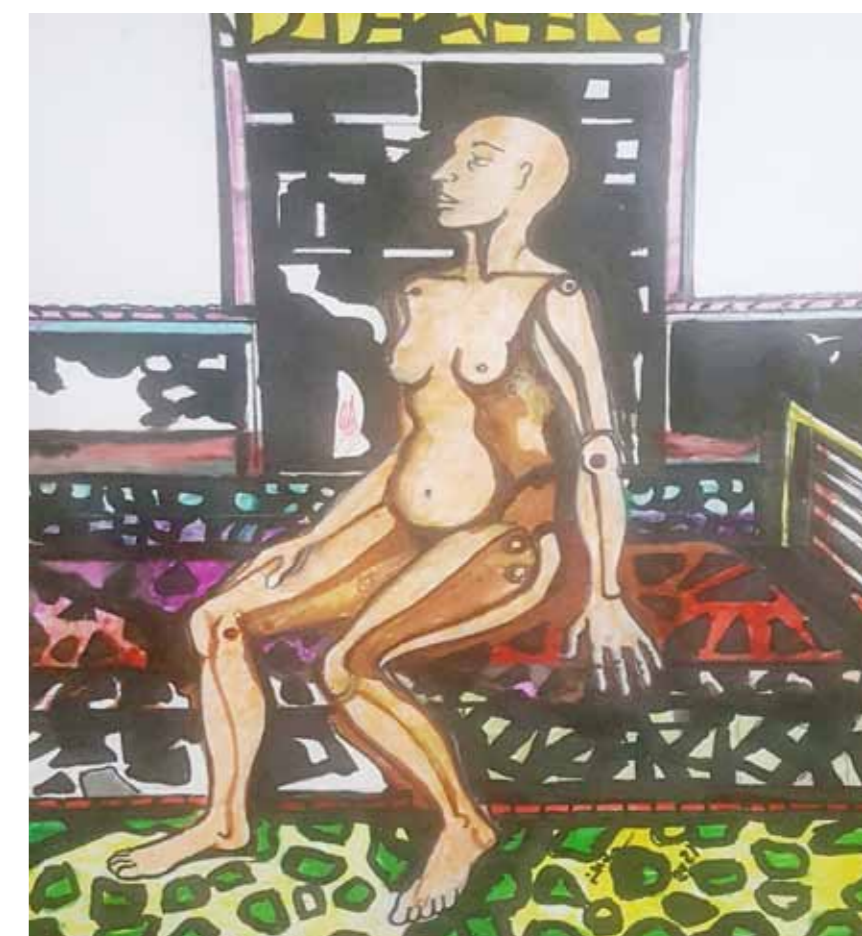
si tuvieran un filtro polarizador. Relucía la ciudad. El puente no se sentía antiguo, era cercano y fácil de transitar.

En el tiempo de la liberación, la imagen ya no se detenía.

Ella se fue a buscar la luz.

Fin

De *Lúdico*. Ediciones Madriguera (2017)





# La ciudad del olvido

Celso Román

**L**os viajeros que no son capaces de describir el camino de regreso. No saben explicar el origen de las piezas de orfebrería, las bisuterías de amalgama de plata o los dijes de piedras preciosas y semipreciosas que aparecen en sus maletas después de esas correrías de las que después guardan un recuerdo incompleto.

A todos les ocurre: a veces nos encontramos cosas que no sabemos de dónde provienen. En los cajones del armario y del corazón, aparecen de pronto objetos, cartas, rostros y lugares, que la ciudad del olvido ha escondido en los recovecos más oscuros de la memoria.

La trampa consiste en que nos hace creer que se trata del producto de la imaginación y de los sueños.

Pero como todas las ciudades, la del olvido, también tiene grietas, lunares, esquinas, encuentros inolvidables en una galería, un parque, un museo o una plazoleta con la escultura de un jabalí herido.

Es por eso que a veces, cuando recorremos ciudades aparentemente por primera vez, de pronto nos llega una ráfaga de luz a la memoria.

Respiramos el aire claro de una alameda que da a un río plácido sobre el cual duerme el viejo puente de los orfebres, y aparece la imagen: allí estuvimos en otro tiempo y en otro espacio.

Luego vemos entre la multitud un rostro que creíamos olvidado y el corazón nos tiembla, abriéndonos otra vez una herida que creíamos curada.

Cuando se acerca ese rostro es otra cara, no es la misma, pero la herida ya está abierta.

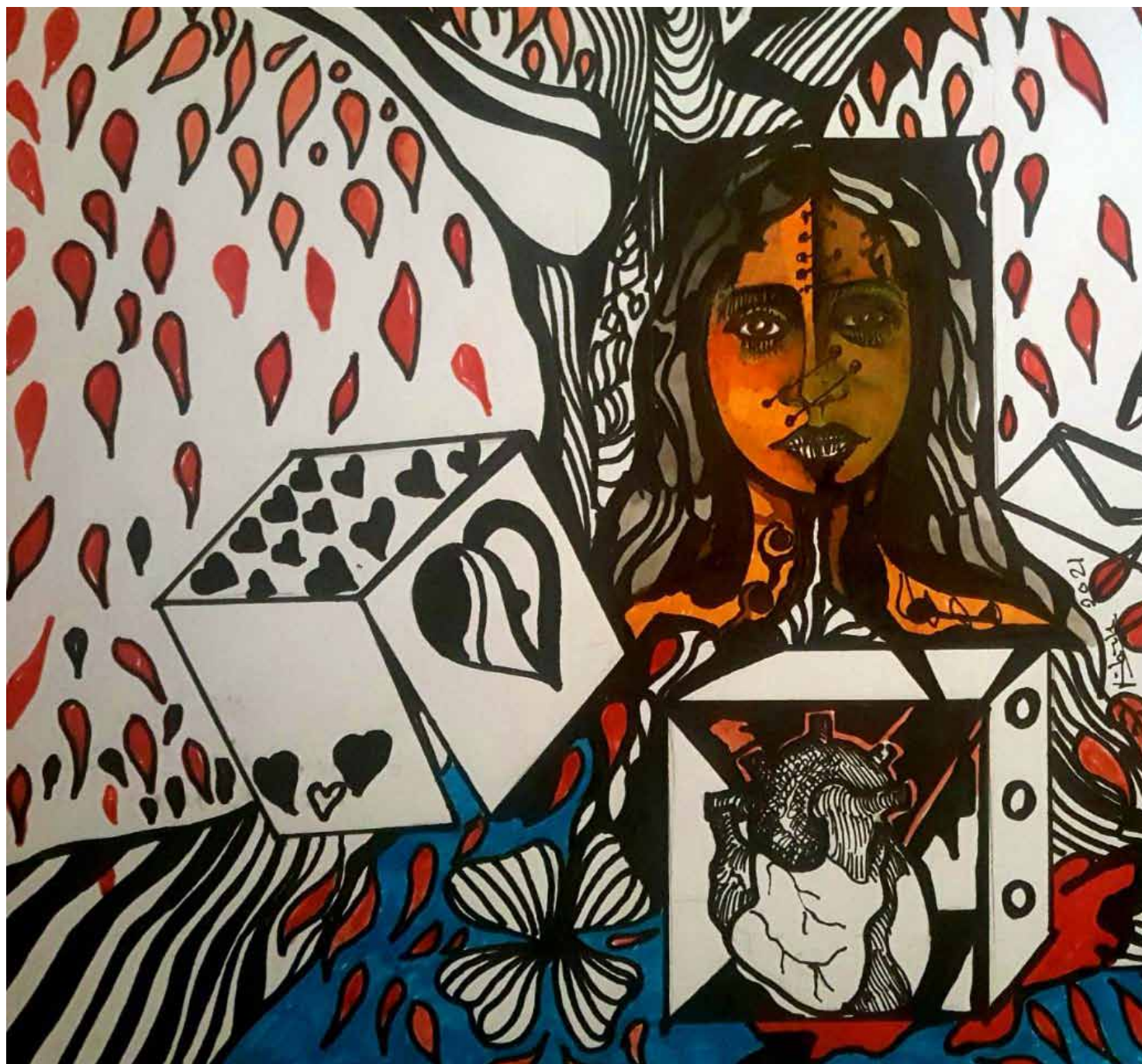
Buscamos una banca en un parque de árboles desconocidos donde las hojas mueren de rojo en el otoño y en soledad acariciamos un sentimiento extraño, una bestezuela de grandes ojos tristes que se llama nostalgia.

Cuando en otro tiempo y otro espacio encontramos la bisutería, o la carta, o la fotografía olvidada, y nos quedamos mirándola como hipnotizados, en ese instante la ciudad del olvido vuelve a vivir.

Aparece completa, perfecta en todo su esplendor, como una joya engastada en la filigrana de la arquitectura a lado y lado del río.

Tal vez las baratijas, las chucherías y la quinacallería brillante que venden los artesanos en los toldos de las plazas y las columnatas de los mercados, tengan un sentido.

Quizás las sortijas, las alhajas de oro y plata que fabrican los orfebres del viejo puente



sean algo más que un simple adorno: son la magia de un recuerdo, pastillas para prevenimos del olvido, piezas de la ciudad que se fijan en la memoria para que permanezca en nuestras vidas.

Pero es tan cruel el paso del tiempo, tan inevitable el dominio del olvido, que los cartógrafos de ninguna época han podido localizar la ciudad, darle sobre los mapas un sitio para que exista.

La ciudad del olvido es, como el amor, inasible.

*Fin*

De *El libro de las ciudades* (2003)

EL AUTOR

## Celso Román

(Bogotá, Colombia, 1947). Escritor, poeta y veterinario. Estudió medicina veterinaria en la Universidad Nacional de Colombia, donde también hizo estudios en literatura y artes. Luego se formó como maestro en artes plásticas con una especialización en escultura, finalmente realizó estudios de postgrado en en el Pratt Institute de Nueva York. Ha publicado más de 60 obras para niños, jóvenes y adultos y es reconocido como un defensor del medio ambiente a través de la literatura. Entre sus libros más conocidos se encuentran

*Expedición La Mancha, Los animales domésticos y electrodomésticos, Los animales fruteros, El libro de las ciudades, El retorno de los colores, La trilogía de las lunas e Hijos de Madre Tierra*, obras

que han sido merecedoras de reconocimientos importantes como el Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Norma-Fundalectura (1998) y el Netzahualcoyotl de literatura latinoamericana para niños (1982).

